

DALÍ, MIRO Y PICASSO SON YA CLASICOS, DIGNOS DE REPOSAR EN COMODAS SALAS DE MUSEOS

ABC-23-11-68
Amalio García del Moral, triunfador en Lisboa, opina sobre la pintura moderna

Estoy citado con Amalio García del Moral en la Escuela de Bellas Artes, de la que es catedrático numerario. García del Moral, el pintor sevillano que ha revolucionado el mundo pictórico portugués con su exposición en nuestra Embajada en Lisboa, el artista del que un prestigioso diario lisboeta ha dicho que es poeta del pincel, es bastante joven, con calva prematura y bigote fino y levantado, como una caja interrogante. Simpático, de habla refinada y expresiva gesticulación, Amalio García es una de esas personas de las que, por lo menos, hay que decir que es muy interesante. Los dos montamos en su coche y vamos charlando mientras buscamos un lugar tranquilo en el que iniciar la entrevista.

Durante el trayecto, don Amalio no deja de hablarme; me cuenta de su exposición, de su enorme éxito (del que, modestamente, se sorprende), de la Escuela de la que es profesor, de sus alumnos, de sus amigos..., de todo, pero especialmente de pintura:

—El concepto de pintura ha cambiado. Hasta ahora se han hecho cuadros de dos dimensiones, eludiendo adrede la perspectiva. Pero ahora aparece una tercera dimensión, que no es figurada, como se cree, sino real, en la que se añade un factor esencial: el tiempo, esa cuarta dimensión que se consigue por el movimiento. Por fin, se está consiguiendo una pintura a la vez espacial y temporal.

Los artistas intentamos hoy plasmar una realidad interior, subjetiva. Si me pide una definición de pintor le diría que, hoy día, es un ginecólogo que ayuda a que el cuadro se plasme; la obra es lo importante y el artista se convierte en un mero instrumento suyo. ¿Y sabe por qué todo esto?, porque el concepto de pintura ha cambiado.

Por otra parte, el pintor actual es un investigador, que debe estar en contacto vivo y diario con las últimas conquistas de la técnica; en el caso de España, desgraciadamente, este contacto deseable y necesario no existe, porque, entre otras cosas, se viene creyendo que un laboratorio de arte es una hermosa colección de libros y diapositivas. Solamente con este contacto diario con los avances técnicos, que pesan también sobre todas las actividades humanas, el pintor puede alcanzar el hábito espiritual.

Llegamos a un bar que el mismo señor García escogió, lleno de estudiantes, y pedimos un par de cervezas. Lo que García Moral venía diciéndome en el coche necesita de una importante constatación:

—Don Amalio, desde su particularísimo punto de vista, ¿cómo calificaría su propia pintura?

—Yo estoy demasiado cerca de los árboles para ver el bosque, por lo que me resulta sumamente difícil contestar a su pregunta. Sin embargo, me considero un mero precepto dentro de mi obra para que ésta pueda hacerse realidad tangible. Todo esto resulta difícil de comprender, incluso a mí mismo, pero lo que sí queda perfectamente claro es que para mí la pintura es poesía, pero una poesía maravillosa, porque con los materiales más groseros se le puede comunicar al espectador ese hábito espiritual del que le hablaba antes.

Por otro lado, yo no acabo de estar satisfecho por lo que hago, y que conste que no lo digo como pose, sino como una cosa que realmente siento. Trato por todos los medios de expresar las inquietudes de nuestro tiempo en mi pintura; el pintor no es ni un teórico ni un orador, el mensaje está en su obra, y todo lo que yo pueda decir es poco si no se ve esa obra.

—Señor García del Moral, ¿qué ha significado en su vida artística la exposición en la Embajada española en Lisboa?

—El profesor Gómez Arboleya decía siempre, cuando hablaba de Lisboa: "Aquí se respira historia". Y es cierto, Lisboa es importante para cualquier artista, porque es el lu-

gar más próximo a América, pero dentro y con las perspectivas europeas.

—¿Significa esto, quizás, que está preparando un salto del Atlántico?

—Sí, desde luego. París me atrae mucho, pero la sociedad norteamericana, prototipo de la sociedad tecnificada actual, en la que se puede constatar la propia obra con la de los demás dentro de una sana crítica y un mutuo aprendizaje, es la que posiblemente capte mejor el mensaje que pretendo transmitir.

—Todos los artistas de todos los tiempos han pretendido dar un mensaje; usted también tiene ese deseo, desde luego, pero, ¿se consideraría un fracasado si no consiguiese que el público lo captara?

—A veces, como ha pasado con tantos ge-

nios de todas las artes, la propia época no acepta al artista, y son las generaciones posteriores las que captan su idea. Por lo tanto, lo que el artista necesita, como todos en esta vida, es trabajar con sinceridad. Cuando yo trabajo soy un hombre sincero conmigo mismo, por lo que no debe sorprenderse si le digo que, realmente, la comprensión o no de mis contemporáneos no me preocupa gran cosa.

—Quisiera preguntarle ahora, señor García del Moral, cuáles son, a su juicio, los tres pintores contemporáneos más interesantes.

—Dufutet (don Amalio ha pensado la respuesta casi durante diez minutos, con la cabeza baja y el coño fruncido, como si estuviese haciendo una difícil selección), Rauchenberg, y, aunque se lleve las manos a la cabeza, Sebastián García Vázquez, un hombre realmente auténtico, y con un mundo interior, casi bucólico, que me impresiona profundamente.

—Veo que no cita usted ni a Miró ni a Dalí, ni a Picasso, tradicionalmente considerados como los maestros y pontífices de la pintura española contemporánea.

—Los tres son ya clásicos, auténticamente para museo, sobre todo Picasso y Miró. Dalí, por otra parte, es un aséptico, un hombre de